

Papel y lugar del psicoanálisis en el mundo hoy.

Gijón noviembre 2015;

El psicoanálisis es una práctica fundada en una teoría que apareció en un lugar determinado – la *Mittel Europa* – en cierta época – a fines del siglo XIX. Digamos que el análisis es contemporáneo de cierta cultura y que se enraíza en el malestar de esa cultura. Hay un malestar en la cultura, no es nada nuevo, tal como hay malestar en cada individuo.

La cuestión de saber si el malestar que atormenta a cada individuo y genera trastornos nerviosos se relaciona con los cambios impuestos a nuestra naturaleza original por la vida civilizada no es nada nueva. Mucho antes de que escribiera su famoso Malestar en la Cultura, Freud ya había planteado la cuestión en el año 1908 en un trabajo titulado: *la moral sexual cultural y la nerviosidad moderna*. En ese trabajo Freud hace una reseña de la literatura sobre ese tema: filósofos, sociólogos, neurólogos. Se refiere especialmente a un tal Wilhelm Erb que había redactado en 1895 un informe sobre “*el incremento de la nerviosidad en nuestra época.*”

Erb enumera cuantos cambios la vida moderna ha llevado y los efectos traumatizantes que esos progresos implican para el sistema nervioso de sus coetáneos. La lista es impresionante y llamativa.

“Las exigencias planteadas a nuestra capacidad funcional en la lucha por la existencia son cada vez más altas, y sólo podemos satisfacerlas poniendo en el empeño la totalidad de nuestras energías anímicas. Al mismo tiempo, las necesidades individuales y el ansia de goces han crecido en todos los sectores; un lujo inaudito se ha extendido hasta penetrar en capas sociales a las que jamás había llegado antes; la irreligiosidad, el descontento y la ambición han aumentado en amplios sectores del pueblo; el extraordinario incremento

del comercio y las redes de telégrafos y teléfonos que envuelven el mundo han modificado totalmente el ritmo de la vida; todo es prisa y agitación; la noche se aprovecha para viajar; el día, para los negocios, y hasta los ‘viajes de recreo’ exigen un esfuerzo al sistema nervioso. Las grandes crisis políticas, industriales o financieras llevan su agitación a círculos sociales mucho más extensos. La participación en la vida política se ha hecho general. Las luchas sociales políticas y religiosas; la actividad de los partidos, la agitación electoral y la vida corporativa, intensificada hasta lo infinito, acaloran los cerebros e imponen a los espíritus un nuevo esfuerzo cada día, robando el tiempo al descanso, al sueño y a la recuperación de energías. La vida de las grandes ciudades es cada vez más refinada e intranquila. Los nervios agotados, buscan fuerzas en excitantes cada vez más fuertes, en placeres intensamente especiados, fatigándose aún más en ellos. La literatura moderna se ocupa preferentemente de problemas sospechosos, que hacen fermentar todas las pasiones y fomentar sensualidad, el ansia de placer y el desprecio de todos los principios éticos y todos los ideales, presentando a los lectores figuras patológicas y cuestiones psicopático sexuales y fomentan sensualidad, el ansia sobreexcitado por una música ruidosa y violenta; los teatros captan todos los sentidos en sus representaciones excitantes, e incluso

las artes plásticas se orientan con preferencia hacia lo feo, repugnante o excitante, sin espantarse de presentar a nuestros ojos, con un repugnante realismo, lo más horrible que la realidad puede ofrecernos.”

Lo llamativo es que Freud no comparte ese punto de vista, ese juicio severo que testimonia de cierta fobia a la modernidad y que se parece mucho a la queja de ciertos coetáneos nuestros, hoy en día. Freud se aparta radicalmente de ese conservatismo timorato enunciando que, a su juicio, “*esas teorías desatienden el factor etimológico más importante*” o sea: “*la coerción nociva de la vida sexual de los pueblos civilizados por la moral sexual cultural*”.

En este texto Freud desarrolla su tesis central sobre la represión de las pulsiones por la cultura, sobre la perversión como producto de la moral sexual civilizada y sobre la neurosis como negativo de la perversión. Hay que destacar el desplazamiento que Freud opera respecto a los supuestos daños causados por la cultura moderna al enfatizar el malestar que yace en cada uno de nosotros, dividido entre sus exigencias pulsionales y la vida cultural que le impone reprimir o sublimarlas.

Elijé ese texto del año 1908 como punto de partida de esa conferencia porque muestra que, desde el inicio, el psicoanálisis se presentó como respuesta desubicada respecto al malestar en la cultura. Queda claro que el malestar en la cultura fue una condición necesaria para que apareciera el psicoanálisis.

El psicoanálisis nació al amanecer del siglo XX en una cultura europea que iniciaba mutaciones importantes. Bien sabemos que toda mutación genera inseguridad, angustia, pues, malestar. Todas las condiciones estaban reunidas para que el psicoanálisis apareciera y contribuyera a su vez a esa cultura nueva. Así pues, el psicoanálisis es coetáneo del malestar en la cultura europea del inicio del siglo XX, las referencias citadas por Freud en ese texto del año 1908 lo demuestran claramente. Pero ese texto también pone de relieve que desde el inicio el análisis contesta a dicho malestar a su manera, es decir de modo desviado. Todo eso Lacan lo resume en una fórmula simple y nítida: el psicoanálisis es un “*síntoma revelador del malestar de la cultura en la que vivimos*”.

La referencia al texto de Freud: *Malestar en la cultura es evidente*. Lacan consideraba ese texto como esencial. Los hay que piensan que la cultura ha cambiado mucho desde la época de Freud y que luego su tesis está sobrepasada. No lo veo así. La tesis central del Malestar en la cultura es que el malestar estriba en una pelea constante tanto al nivel de la sociedad como al nivel del individuo entre Eros y Thanatos. No hay Eros sin Thanatos, eso es lo que los idealismos, las utopías, los totalitarismos no quieren ver.

Si vuelven a leer el *Malestar en la cultura*, de Freud, verán que es un texto que sigue otro texto muy crítico respecto a la religión, aquel *Porvenir de una ilusión*. Freud escribía entonces que la religión es la ilusión necesaria para llevar al hombre a aceptar el principio de la cultura que, a la vez contrarresta sus instintos naturales y a la vez lo protege de la naturaleza que es otra fuente de peligro y sufrimiento.

En el *Malestar en la cultura*, Freud retoma su crítica de la religión que seduce a los hombres al asegurar que puede dar respuesta al sentido de la vida, mientras que no es tan difícil ver que la finalidad de la vida para la mayoría de los hombres es ser feliz y permanecerlo durante mucho tiempo. A fin de cuentas *es simplemente el programa del principio del placer que define la finalidad de la vida*. Con algo de amargura o de ironía, Freud nota que no cabe en el proyecto de la creación que el hombre sea feliz. Y Freud destaca tres razones para el sufrimiento humano. Viene de nuestro cuerpo, del mundo exterior y de las relaciones con los demás. A continuación Freud hace la lista de soluciones posibles para aliviar el sufrimiento.

Limitar las pretensiones del principio del placer al adaptarlo a la realidad, es el principio de la realidad, era la solución de la sabiduría en la Antigüedad.

Limitar el sufrimiento del cuerpo al aislarse de la realidad o al anesthesiarse con narcóticos, de los que aún no desconfiaban en la época de Freud.

Otra solución: la sublimación: un modo de desviar la pulsión de su destino sin reprimirla.

Otra solución más: el amor, es una solución eficaz pero con esa reserva que nunca estamos más vulnerables sino cuando amamos.

Última solución, la más radical: apartarse totalmente de la realidad y aislarse de los demás como el eremita o el paranoico.

A fin de cuentas Freud concluye que ninguna de esas técnicas funciona, o sea que el programa que el principio del placer nos impone es insostenible. Quien no lo puede admitir no tiene más remedio sino la huida en satisfacciones sustitutivas que la neurosis construye o la rebeldía contra la realidad que caracteriza la psicosis.

En última instancia, queda el recurso de la religión que rebaja el precio de la vida en este mundo y deforma de modo delirante la imagen del mundo real. Freud considera que la religión equivale a un delirio de masa.

Así pues, Freud es muy duro con la religión, especialmente cuando denuncia la religión como siendo un delirio de masa que intenta solucionar el malestar en la cultura. Sin embargo, esa advertencia queda pertinente hoy en día cuando examinamos el caso de esos jóvenes europeos, procediendo o no de la inmigración, que llegan a Siria para participar en el Yihad. Me parece que en la mayoría de los casos, uno puede notar que esa elección aconteció en un contexto peculiar que los propios padres de esos jóvenes pueden situar aunque no lo entienden y que remite a menudo, para nosotros analistas, al desencadenamiento posible de una psicosis.

Al leer el informe del Centro de prevención contra las derivas sectarias relacionadas al Islam, vemos que 40% de los jóvenes alistados tuvieron episodios depresivos. La mayoría procede de la inmigración a la segunda o tercera generación. Son jóvenes de los suburbios, cuya familia no es forzosamente practicante sino más bien atea. Sin embargo algunos de esos Yihadistas proceden de la clase media. En ellos las señales de una fractura psicótica son evidentes. El reclutamiento no pasa primero por la mezquita sino por internet por videojuegos a los que esos jóvenes son adictos.

Según el sociólogo Farhad Khosrokhavar, para la mayoría procedente de las afueras, hay cinco etapas: “ *vida en las afueras – delincuencia – cárcel – viaje guerrero e islamización radical.*”

La religión les entrega un sentido a su rebeldía. Están en una situación de ruptura, de pérdida de marcas que crea una relación conflictiva con nuestra sociedad. Es una ruptura del lazo social. Luego con la religión, encuentran una nueva comunidad es decir un nuevo lazo social y además esa religión radical da sentido al odio que cada uno experimenta. “*La mutación del odio en yihadismo sacraliza la rabia.*”

El odio es la palabra clave que uno puede destacar en el recorrido de algunos de los casos estudiados por este sociólogo.

Odio por si-mismo primero, luego odio por el otro que llega hasta el odio por el mundo, por la vida y todo se acaba con la realización de un acto espantoso con el que esa suerte de héroe negativo logra atraer sobre él-mismo los proyectores y así concentra en él el miedo y el odio de la población. Por fin, habrá hecho todo lo posible para poner en escena el fin que ha elegido: que lo maten como si fuera una bestia rabiosa.

En ese recorrido vemos que el alistamiento sectario que finge entregar reconocimiento y protección, suple la ruptura del lazo social y el ocaso de los ideales. Luego la religión radicalizada desempeña la función de un operador que da sentido al trastorno subjetivo y logra poner en fila a esos sujetos que yerran.

A mi juicio, bien podríamos considerar esa religión radicalizada, que logra coger en sus redes a esos sujetos perdidos al proponérselos un reconocimiento eterno, reduciéndolos así al brazo armado de un dios oscuro, bien podríamos considerar ese radicalismo religioso como figura de lo que Lacan llamaba “ Eros el dios negro.”

Los analistas, no tenemos que “*camuflar a Eros el dios negro en cordero rizado del Buen Pastor*”. Eso lo decía Lacan para estigmatizar la posición clásica que se apoya en la teoría freudiana desarrollada en el *Malestar en la cultura que considera a Eros, él que une, como fundador de la cultura.*

En realidad la tesis de Freud en *el Malestar* es un poco más complicada porque a veces Freud considera que Eros se opone al proceso de la cultura. Hay una oposición entre la cultura y la sexualidad por el hecho de que el amor sexual es una relación con dos que excluye a un tercero. A veces, muy al contrario, Freud hace de Eros el principio del lazo social al considerar que el proyecto de la cultura está a la orden de Eros, quisiera reunir a los individuos aislados, a las familias, a las poblaciones, o a las naciones en una amplia unidad o sea la humanidad misma.

Freud trata de resolver la paradoja de dos maneras distintas.

Primero, al cargar sobre Thanatos el fracaso de Eros. Si Eros fracasa, en reunir el rebaño del Buen Pastor, no es culpa suya, la culpa la tiene Thanatos por ponerle trabas.

Segundo, al llevar el amor a sus límites, remitiéndonos al ideal del amor cristiano que prescribe amar a su enemigo, su prójimo, como a si-mismo. A decir verdad, sólo ese amor podría servir como enlace para el rebaño. Pero dicho amor no es aquel Eros que conocemos. El amor cristiano remite más bien a Ágape o sea el amor divino que no implica que el objeto a quien se

dirige ese amor tenga cualquier valor. Sólo el flujo del amor divino puede volverle amable al objeto.

Sea lo que fuere el amor que reúne a los individuos no es el Eros griego que solamente crea parejas, es más bien del orden del Ágape. Los hay que han considerado dos figuras del amor, el Eros blanco, la *φιλία* griega o Agape que encontramos de vez en cuando los domingos o días festivos, y el Eros negro más común para los días laborales.

Así pues Lacan recomienda que, los analistas, no tomemos al Eros negro por el carnero del Buen Pastor. Aquel Eros negro es quien puede llevar a los que aman hasta la muerte. Eso se encuentra en el amor pasional, un amor que puede llevar a uno al estrago y que puede volverse odio de la noche a la mañana. Ese Eros negro puede llevar a uno a la destrucción del otro, o a que se sacrifique para hacer gozar al otro. A fin de cuentas, ese Eros negro se asemeja a un dios oscuro que goza de los sacrificios.

Por eso los analistas no hemos de participar en el concierto del rebaño que consta de cuantos se identifican naturalmente a la víctima sacrificada, sino que tenemos que dar a entender esa verdad molestadora: Eros es un dios negro.

Cabe decir que hoy en día, es urgente ya que nuestros medios de comunicación favorecen esos movimientos espontáneos de masas, que, aunque generosos, se fundan en el señuelo de la identificación de cada uno con la víctima. Esos enlaces espontáneos falsean la lectura del mundo al presentar, por un lado el buen eros que une el rebaño y por otro lado Thanatos el feo que fragmenta, como si fuera claro que el bien siempre es quien reúne y el mal siempre es quien divide.

Si *el Malestar en la cultura* queda todavía de actualidad es porque denuncia una lectura fácil del mundo, inspirada por el alma bella que sabe dónde está el bien y dónde está el mal.

No es tan sencillo distinguir el bien y el mal. Porque depende del punto de vista que tomamos. Por ejemplo, si tomamos el punto de vista del individuo: satisfacer sus propias tendencias agresivas no es forzosamente un mal, a menudo puede ser un bien, al revés, reprimir esas tendencias y dirigirlas hacia sí-mismo puede dañar al yo.

Entonces, ¿dónde está el bien, dónde está el mal?

Uno podría decir que a nivel del individuo, el mal es emanación de la pulsión de muerte que empuja al yo a dañarse. Entonces el verdadero mal sería el mal proporcionado a sí-mismo y no a los demás. Sería una filosofía algo sadiana, todo lo contrario de la caridad cristiana para quien el mal es únicamente el mal proporcionado al prójimo.

En este sentido es una influencia ajena (la del Otro con mayúscula) que le permite al sujeto distinguir entre malo y bueno. *“Librado a la espontaneidad de su sentir, el hombre no habría seguido ese camino; por tanto, ha de tener un motivo para someterse a ese influjo ajeno. Se lo descubre fácilmente,... su mejor designación sería: angustia frente a la pérdida de amor.* Claro que el que actúa mal corre riesgo de perder el amor del Otro. *Por consiguiente, **lo malo es, al principio, aquello por lo cual uno es amenazado con la pérdida de amor.** Suele llamarse a este estado «mala conciencia», pero en*

verdad la conciencia de culpa no es sino angustia frente a la pérdida de amor, angustia «social».

Luego es esa angustia que sirve como motor para la represión de la tendencia agresiva. Sin embargo, bien se sabe, desde ese trabajo de Freud, que la represión de la tendencia agresiva no basta para calmar la ferocidad del superyó. Basta con escuchar a un obsesivo para comprobar que cuanto más reprime su agresividad, más está acosado por ideas obsesivas de dañar a sus allegados.

Dicho de otro modo la conciencia moral, producida por la cultura no logra neutralizar por completo la tendencia agresiva que permanece en lo íntimo de cada uno bajo la forma del superyó que castiga al yo.

Esa ferocidad del superyo bien se hace oír en el caso de la psicosis y especialmente en la melancolía. Veremos más adelante la relación de ese superyo con un objeto de goce muy peculiar que Lacan aisló y que llamó la voz.

Por ahora, sólo quiero subrayar la paradoja siguiente: **cuanto más el yo se somete al mandamiento del superyo, más feroz se hace el superyo.** El superyo nunca puede ser saciado, su glotonería es absoluta. Es importante considerar la naturaleza de ese superyo: a la vez procede de la educación, pues de la cultura que nos impide satisfacer nuestras pulsiones y a la vez participa de la pulsión agresiva misma, siendo construido alrededor de un resto imposible de reprimir. El superyo no contradice el refrán antiguo: *Homo homini lupus*, muy al contrario, si lo miremos muy de cerca, el hombre es un lobo incluso para si-mismo.

La lección freudiana aislando esa instancia feroz y siniestra en el corazón del hombre no les viene bien a los que no quieren saber nada de “*la inclinación innata del ser humano al «mal.»*, a la agresión, la destrucción y a la crueldad.” Para ellos, Dios los ha creado a imagen y semejanza de su propia perfección, y por eso los resulta difícil admitir la indiscutible existencia del mal al lado de la bondad infinita de Dios. El Diablo es entonces el “*mejor expediente para disculpar a Dios*”¹. Pues, la existencia de Dios implica la existencia del diablo. El diablo, dice Freud, *corporiza* la existencia del mal. Es muy llamativo darse cuenta de que hoy en día el diablo ya no asusta a nadie. Muy al contrario el culto satánico interesa cada vez más a los jóvenes decepcionados, atiborrados por los bienes suministrados por el sistema del consumo capitalista.

Antes, el mal podía ser ubicado fácilmente del lado de esa instancia que lo *corporizaba* o sea el diablo. Había por un lado Dios, y su creación, a partir de la nada, y por el otro lado él que se oponía a la creación y que reivindicaba el retorno a la nada o sea el diablo.

Era bastante fácil reconocer esas fuerzas opuestas, por aquí las fuerzas del bien y por allá las fuerzas del mal.

Hoy, nos burlamos de quien trata de ubicar en las democracias occidentales la fuerzas del bien y en el terrorismo islámico las fuerzas del mal. “*Uno quisiera que haya por un lado las democracias del mercado y por otro lado*

¹ S.Freud, *Malestar... capit VI*

*una internacional del terror manteniendo la discordancia. Es una burla con la que se atonta a las masas. ...Al jugar con el espanto, el terror no quebranta jamás el control planetario, sino que lo consolida, lo refuerza.”*²

Así lo imaginó un escritor francés, Jean-Christophe Ruffin, en su novela titulada Globalia. Se trata de un nuevo mundo totalmente globalizado, totalmente controlado por la policía, la justicia y la psicología. Los psicólogos sirven para castigar a la gente, un castigo común es por ejemplo la reeducación psicoterapéutica para enseñarles a los delincuentes el camino del bien. Pues en este mundo, el gobierno, de vez en cuando, suele armar falsos ataques terroristas para reforzar la unidad del pueblo.

“Al jugar con el espanto, el terror no quebranta jamás el control planetario, sino que lo consolida, lo refuerza.” Habrán notado que cada vez que sucede algo espantoso, los hay que interpretan el asunto con la teoría del complot, teoría paranoica que se funda en esa lógica de las masas donde unos imaginan que el gobierno pueda utilizar un evento espantoso para reforzar su poder puesto que en esas situaciones el pueblo suele obedecer.

Así pues no es sencillo distinguir las fuerzas del bien y las del mal porque, de cierto modo, obran en el mismo sentido. Basta con pensar por ejemplo en las ganancias sacadas por las cadenas de televisión alrededor del 11 de septiembre del 2001 cuando nutrían nuestro goce con el espectáculo del horror.

Las fuerzas del mal habían armado el ataque y las fuerzas del bien sacaban provecho del horror llevado a la escena. Lo llamativo es que por ambos lados se hablaba de Dios. Los terroristas decían obrar en nombre de Dios, y los norteamericanos contestaban predicando la cruzada. ¿Dónde está el diablo? En ningún lugar, pero el mal está por todas partes y nos da a gozar por medio del espectáculo que nos sirven cada día y que exigimos en nombre de un supuesto derecho a la verdad.

Antes, era mucho más sencillo denunciar las obras del diablo y sus empujes al goce. ¿Quién, hoy en día, se arriesgaría a denunciar el pecado o la culpa del espectador que mira el espectáculo de una matanza, o que lo escucha en su radio o que lo lee en su periódico?

La fascinación que esas escenas espantosas producen tiene que ver con el goce de nuestros fantasmas, ese goce que las pacientes de Freud confesaban haber experimentado cuando de niñas miraban al padre castigando a otro niño.

Doy por seguro que saben que la escena de un niño pegado por un adulto le sirvió a Freud como modelo del fantasma. El fantasma es una escenificación, siempre se presenta como una escena, algo que ver. En realidad esa escena se desarrolla en una pantalla que tapa un vacío. El vacío producido por la falta de representación, no todo es representable, lo real no tiene imagen. Pues el fantasma pretende suplir esa falta y nos entrega una imagen donde no hay nada que ver. Si la escena del fantasma nos resulta tan atractiva, mientras que ella es siempre la misma imagen, totalmente estereotipada, sin

² François de Meyronnis : : *De l'extermination considérée comme un des beaux-arts*. L'infini, Gallimard , Paris septembre 2007.

sorpresa ninguna, es que esa imagen suple la ausencia de una imagen que uno quisiera ver y que nunca verá. Eso es lo irrepresentable, aquel objeto que falta en la escena que representaría la suerte de objeto que fuimos para el Otro, desde el principio. El recorte de ese objeto imposible de ver y de representar constituye el punto desde donde cada uno mira al mundo. El fantasma es la ventana a través de la que uno contempla la realidad de su mundo. Lacan nos recuerda que la palabra fantasma implica ese deseo de verlo proyectado como escena en la pantalla de nuestro cine íntimo. Nos gustaría ver este cuadro porque nunca lo podremos ver. Es la imagen que siempre nos faltara: lo que fuimos antes de ser, y lo que ocurrirá con nosotros cuando ya no estaremos.

Dicho de otro modo, lo que nos concierne en la escena del fantasma se halla más allá de la pantalla. Por eso podemos entender como la obscenidad de las imágenes del sexo y de la muerte pueden dar tanto beneficio. Del mismo modo podemos entender por qué la escenificación del traumatismo en el que nuestro semejante es una víctima nos resulta tan atractiva. Es importante que lo sepamos porque, cada vez que uno evoca, incluso por motivo serio, una escena en la que una persona padece la violencia de otro, ello despierta ese goce del fantasma en el que recibe este tipo de mensaje, que él lo sepa o no.

Hace unos meses, tuve la oportunidad de atender a un joven, totalmente trastornado y angustiado después de un desencadenamiento de goce que él no supo resistir. Para satisfacer la glotonería de una pulsión escópica bastante fuerte, solía visitar a menudo ciertas páginas web que le proporcionaban imágenes violentas. No pudiendo sustraerse de esa llamada y empuje al goce, él necesitaba imágenes cada vez más fuertes. Hasta que un día se entera de que ciertas páginas web presentan videos con escenas violentas pero reales. Se trata, según dice, de violencias con animales. Entonces es cuando se encuentra con una imagen insostenible que lo atormenta, de día y de noche, desencadenando pesadillas horribles y fobias de impulso que lo llevaron a mi consulta. El no pudo contar me lo que había visto realmente, varias veces trató de hacerlo contándome que se trataba de un hombre que le cortaba la cabeza a un cerdo, pero supuse que tal vez se trataba de otra cosa más impensable. Sea lo que fuere, el desencadenamiento del goce frente a lo irrepresentable había hecho estallar la ventana tras la cual solía mirar al mundo y luego lo inmundos se imponía por todas partes.

Aprovecho la ocasión para señalarles que la palabra *mundus* en latín significa *limpio* y así permite distinguir el registro de lo humano *mundus* y el de lo animal *inmundus*. En Francés y en Castellano también permanece el verbo *mondar* que significa *limpiar*.

Entonces, para volver a nuestro asunto, podríamos decir que el bien sería del lado del mundo y el mal del lado de lo inmundos. Pero aprovechando el caso de este joven, podríamos decir que, para él, el bien sería del lado de la imagen que le falta y que está buscando. El bien organiza su búsqueda mientras la imagen le falta. ¡Que maravilloso sería ver lo que no puedo ver! Pero, el encuentro con lo real insostenible lo remite, más allá del principio de su placer al mal de su goce, lo cual implica la mirada.

En la serie de los objetos que conocemos gracias a la teoría freudiana y a la enseñanza de Lacan, la mirada desempeña una función bien peculiar. El seno, el objeto anal, el falo, son objetos que faltan y por eso el sujeto los experimenta como bienes que él quiere adquirir o de los que no acepta separarse. La mirada, en cambio, cuando surge, amenaza al sujeto y se presenta más bien como mal supremo.

Hay otro objeto de goce del que tenemos que hablar, es la voz.

Los seres hablantes, podemos hablar y entonces dominar nuestro goce. Así lo pensamos. Pero así desconocemos que la lengua es también un aparato de goce. Cuando el sujeto se aliena, tiene que traducir sus necesidades a la lengua del Otro. Pero no todo es posible de traducir, hay un resto, luego la lengua lleva en si-misma un núcleo insensato que no sirve para comunicar sino para gozar. Si consideramos el pacto de la palabra como un sacrificio, hay que considerar que algo escapa del sacrificio, y mejor así.

El modelo del sacrificio, es, en la tradición judeocristiana, la alianza de Dios con su pueblo. Es de notar que, antes que nada, Dios pidió el sacrificio del sacrificio. La alianza de Dios con su pueblo empieza por un sacrificio fallido, o impedido, digamos. Isaac nunca fue sacrificado. Se trata más bien de acabar con la tradición antigua que mandaba sacrificios humanos.

El dios judeocristiano manda a su pueblo que abandone el culto a los dioses feroces a quienes les gustaba la carne fresca. Pues, la tradición del Midrach demuestra que algo del Elohim antiguo permaneció en Yahvé, y eso se hace escuchar con el sonido del Chofar que presentifica el vozarrón de la potencia ciega, el mugido del dios bestial.

Ese ritual le sirvió a Lacan para despejar la voz como objeto de goce en el seno mismo del Otro. El resto de goce que resiste el sacrificio cuando el sujeto entra en la alianza con el Otro, es la voz.

Pero el Otro no ha de responder de la voz. El Otro que es el lugar donde se garantiza el sentido de la palabra y especialmente el valor de la representación significativa del sujeto, pues el Otro no puede garantizar todo lo que se dice o se escucha. Eso es el espacio de la voz.

Sin embargo hay una instancia que pretende borrar ese espacio y apoderarse de ese objeto raro para reintegrarlo en el sentido, eso es el superyo, en el sentido lacaniano del término. El superyo manda que todo le sea sacrificado sin resto.

Ahora podemos entender que una cultura en la que se exige que todo sea visto, dicho, contabilizado, gracias a los adelantos de la ciencia que logran circunscribir cada vez más lo real del cuerpo humano, pues, podemos entender que el ideal de esa cultura obra en el sentido de ese superyo del que acabo de hablar.

Hoy en día tenemos aparatos con los que podemos comunicar, sacar fotos, videos, tenemos recursos para reconocer a cada uno gracias a su huella ADN, todo eso puede ser al servicio de un control permanente de los individuos, así que podríamos pensarnos al abrigo de la violencia, uno podría pensar que tal mundo muy seguro hubiera echado fuera la violencia.

De ningún modo, vemos que, muy al contrario, todos esos aparatos también pueden servir para gozar. Hoy en día, por ejemplo, hay una moda nueva:

golpear a uno mientras otro filma. No hablo de todo lo repugnante que uno puede realizar y compartir en la red internet con una webcam. Es muy llamativo, hasta ahora, esas porquerías escapan a cualquier control posible.

El medio que sirve para controlar a los individuos también les sirve para gozar, también sirve para desencadenar lo peor. Aquí es donde vemos el efecto producido por la gestión científica de la realidad humana que intenta encerrar en sus cuentas todo lo real del goce al estilo de un superyo feroz que manda que todo le sea sacrificado. El efecto es el surgimiento por todas partes de esos dos objetos cuya presencia nos rodea cada vez más. Lacan lo notaba ya en el año sesenta y cuatro, al fin de su seminario cuando decía que *“nuestra relación con la ciencia que invade cada vez más nuestro ámbito se aclara con la referencia a esos dos objetos: **la voz**, casi enteramente planetarizada, hasta estratosferizada por nuestros aparatos **y la mirada** cuyo carácter omnipresente no es menos sugerente, pues todos esos espectáculos, todos esos fantasmas suscitan la mirada. Pero – añadió Lacan – eludiré estos rasgos para acentuar otra cosa que me parece esencial. En la crítica de la historia que hemos vivido, hay algo profundamente enmascarado, es el drama del nazismo que presenta las formas más monstruosas y supuestamente superadas del holocausto. Sostengo que ningún sentido de la historia es capaz de dar cuenta de este resurgimiento con el que se evidencia que la ofrenda a los dioses oscuros, de un objeto de sacrificio es algo a lo que pocos sujetos pueden no sucumbir, en una captura monstruosa.”*

En muchos aspectos podemos decir que nuestro mundo de hoy aún no ha renunciado al sacrificio. Lo tendrán bien claro si añado que, hoy en día, el dios oscuro podría llamarse: economía.

Hace ya unos años, al escuchar todo lo que sucedió en nuestro mundo con esas crisis económicas tremendas, pensé que los analistas nos quedamos bien callados sobre el asunto y que quizás tengamos que dedicarnos a un estudio analítico de la economía.

La economía puede definirse como siendo lo contrario del gasto. En este sentido que: *economizar* se opone a *gastar*. Para nosotros analistas, el deseo conlleva el gasto, mientras que el goce implica el ahorro, la economía.

Entonces me parece que la economía, cualquier que sea, capitalista o no, es la ciencia del goce.

La cosa es que cuando la economía, o sea el principio del goce, se apodera de los discursos, acaba por amenazar cualquier discurso o sea por amenazar el lazo social.

De eso tenemos una prueba llamativa. Recién me entere de un fenómeno inquietante que se hace cada vez más frecuente en Japón. Se sabe que Japón es un país donde la gente vive muy sometida al poder de grandes empresas que la apresuran y que manejan todo en la vida de sus empleados; de ahí resulta el éxito económico de este país a pesar de lo que sufro al final de la última guerra mundial. Pero la crisis económica del 2008 dañó mucho la economía de este país y hubo muchas quiebras, despidos, desempleo, que pusieron a ciertos en una posición insostenible. El número de suicidio aumentó y surgió un fenómeno nuevo: el *Johatsu* es decir la “evaporación”.

Frente a una situación de insolvencia que genera vergüenza hay gente que en vez de suicidarse se esfuma, es decir que de la noche a la mañana muda

clandestinamente, deja a su familia a sus amigos y va a vivir en otro barrio de la misma ciudad o en otra ciudad pero totalmente desconectada de cualquier lazo social. La evaporación es una suerte de muerte social. La persona evaporada ya no existe ni para sus allegados, ni para sus acreedores, su empresa, su banco, ni para ningún organismo social. Esos “evaporados” viven como desconocidos en un mundo totalmente paralelo. De vez en cuando unos vuelven al mundo pero muy pocos. Es un fenómeno muy poco comentado pero interesante porque demuestra claramente las consecuencias de la alianza nefasta entre un superyó cultural feroz y una economía despiadada.

Lo que caracteriza nuestra época es que precisamente la economía está al puesto de mando y amenaza cualquier tipo de discurso hasta el más resistente: el discurso analítico.

Si podíamos decir, hasta poco tiempo atrás, que el psicoanálisis era el síntoma del malestar en nuestro mundo occidental ya no es verdad. Desde los años ochenta en los Estados Unidos, donde el psicoanálisis estaba muy de moda, poco a poco el psicoanálisis que se había convertido en un método de adaptación a la vida americana, el “egopsicology”, el psicoanálisis fue apartado del ámbito de la salud mental apenas si lo limitaron al ámbito de la literatura como crítica literaria.

Cabe decir que la economía, reinando sobre cualquier discurso en Los Estados Unidos, acabó por apoderarse del discurso psiquiátrico con el único fin de regular el reembolso del tratamiento por las mutuas. Dado que el diagnóstico de los psiquiatras inspirados por el psicoanálisis era difícil de intercambiar y de armonizar, las mutuas impusieron el diagnóstico fundado en argumentos estadísticos a partir de criterios de adaptación del individuo a la vida norteamericana. Es el DSM IV de ayer y el V de hoy.

Entonces el psicoanálisis ya no es síntoma del malestar en el mundo occidental, fue sustituido por la psiquiatría norteamericana que trata de imponernos su modelo que prescinde de considerar la causa del malestar en cada uno y solo se dedica a recetar para que todos quepan en el modelo cultural que conviene a la economía.

Entonces: ¿Cuál es el papel y el lugar del analista hoy? Yo diría que cumplimos un papel de resistencia. Nos toca sostener a los que atendemos, cada uno en su deseo. ¿Cómo arreglárselas con su deseo cuando parece oponerse a los mandamientos de un superyó que manda sacrificios y que empuja al goce, o cuando dicho deseo no está en armonía con las vías elegidas por la economía: que cada uno esté feliz, con buena salud, que nunca sufra ninguna pérdida, ningún duelo, y que consuma cada vez más para sostener la economía del país y la del mundo?

¡Esa es la cuestión!